

La Verdad

(PARÁBOLA)

Hacia el año 600 de la fundación de Roma, la juventud de ésta hallábase poseída de febril curiosidad por las nuevas doctrinas que les explicaban unos extranjeros.

Había el Senado impuesto a Atenas un tributo de guerra, y la ciudad griega envió una embajada para gestionar su reducción. Carneades, el fundador de la nueva Academia, Diógenes el babilónico, y Critolao el peripatético, eran los embajadores; los cuales, en tanto que el Senado resolvía sobre su pleito, dedicáronse a pronunciar discursos, explicando los diferentes sistemas filosóficos, desconocidos casi para los romanos; y en el Foro, en las termas, en los atrios y demás lugares públicos, los atenienses eran objeto de todas las conversaciones, alabanzas y disputas.

La sociedad romana se apartó un tanto de sus fiestas y placeres; olvidó, por un momento, los versos *fescennini* y las groseras *saturae*, y acudió gustosa a escuchar a los filósofos. Explicaban éstos en sus discursos la ciencia de los pitagóricos; repetían las máximas de los gnómicos; enseñaban los distintos conceptos de felicidad de los epicúreos, de los cínicos y de los estoicos; argumentaban con la dialéctica de los sofistas, haciendo del *logos* la magna sabiduría; instruían con la doctrina socrática del conocimiento del *egó*; elevaban el alma con la *filia* platónica; y ensanchaban la mente con el *sensismo* aristotélico.

Tal fué la inquietud y revolución que los de Atenas promovieron en la juventud de Roma, que el Senado se apresuró a conceder sus peticiones a fin de que partieran cuanto antes.

Venía con los embajadores un discípulo de Carneades, joven llamado Clitio, que decía ser portador de la Verdad, no como concepto abstracto de lo que es real, sino como cosa material y concreta; y al anuncio de que iba a ser mostrada en casa de uno de los patricios romanos congregó en ella lo más selecto de la sociedad.

Senadores, magnates, amigos y clientes llenaban el *tablinum domi* y se derramaban por entre las columnas corintias del *atrium*. Retribuyendo amables saludos con su fina sonrisa, penetró Clitio hasta el *tablinum*, llevando en la mano una pequeña caja de nogal. La curiosidad de los asistentes aumentó con su presencia, formando ancho corro a su alrededor.

Allí estaba la Verdad, les iba a ser mostrada, y esto les hacía estar impacientes y temerosos, como el poseído de los dioses ante una revelación divina. Ver la Verdad, acaso tocarla, impregnarse de su virtud, les parecía dicha reservada no para hombres que han de perecer. La Verdad tan ansiada, la Verdad tan discutida, la Verdad buscada por los sabios estaba allí, en aquella cajita primorosamente tallada.

Clitio la colocó sobre un trípode, bajo un rayo del sol que la dividía en dos con franja de oro, y la abrió ceremoniosamente. Ante los ojos ávidos de mirar, apareció un objeto que refulgía. Algunos avanzaron con propósitos de tocar. El ateniense los contuvo.

— La Verdad no se toca — dijo —. Se ve, se admira, se practica, pero no puede sufrir la presión de la mano porque se deshace y sólo queda el polvo. Polvo de la Verdad, en el que cada partícula es también una Verdad entera, la cual a su vez, al querer examinarla, se fracciona y subdivide en otras Verdades, y así infinitamente, sin que nunca podamos llegar a la Verdad primitiva, genética. Ahora que la estáis contemplando, decidme: ¿cómo es la Verdad?

— La Verdad es azul — contestó uno.

— No — replicó otro — ; es roja.

— Ni uno ni otro decís verdad, porque es amarilla — agregó un tercero.

— Es verde.

— Es violeta.

Así fué cada observador nombrando un color distinto. Algunos coincidían, pero no había unanimidad.

— Ni verde, ni amarilla, ni roja es la Verdad. Lo que nombráis no es sino una manera, un aspecto de la Verdad aquí encerrada — y Clitio mostraba el objeto brillante, que era un poliedro de cristal — ; es la suma de todos esos colores que veís : es la luz. La comprensión de la Verdad, como la percepción de la luz, es clara y sencilla, pero cuando se encierra en escuelas o sistemas se oscurece y complica porque sólo se ve una parte, aquella que, como en este caso, corresponde a la faceta en cuyo ángulo de refracción nos situamos. Todos los que os halláis colocados en el mismo radio respecto del poliedro veréis el mismo color y no otro. Afirmaréis que la Verdad que os muestro es de un determinado color, y discutiréis con vuestros vecinos y llegaréis hasta la violencia porque niegan vuestra Verdad y proclaman otra distinta. A unos y a otros os asiste la razón : afirmáis lo que vuestros sentidos perciben. ¿Hay, entonces, dos Verdades de un mismo hecho? No. La confusión se origina porque lo que veís no es la Verdad sino una parte de ella. Cambiad de lugar, hacia la derecha o hacia la izquierda, y habrá cambiado el color, y, por lo tanto, vuestra Verdad particular. Para comprender en este ejemplo, la Verdad general, la absoluta, la universal, será preciso girar en torno del trípode y contemplar el poliedro desde todos los sectores, percibiendo los rayos de distintas facetas.

El sol había desaparecido del trípode. El orador hizo una pausa en su discurso y los circunstantes rompieron en animados comentarios sobre la ilusión de la Verdad que habían visto.

Clitio continuó su lección :

— Una máxima, erigida en dogma, constituye una escuela,

una secta, un sistema o un partido. Proclamada su Verdad como única, por la uniformidad de visión de sus afiliados, la consecuencia inmediata es negar las Verdades de los demás grupos. Tal llega a ser esa negación dentro de cada círculo, que ella suele formar parte de su misma Verdad dogmatizada al decir que los que no están con ella están contra ella; y su recíproca: que los que no están contra los demás no están con ella. Así las Verdades partidarias son herméticas y excluyentes. Tanto más entusiasta y fiel se es de un sistema cuanto más se denigra el de los ajenos. Estudiar éste como no sea para publicar sus errores — cosa de que ninguno escapa — importa una herejía tan punible como la de señalar los defectos del propio.

El joven ateniense se pascaba con solemnidad y reposo en el espacio libre del corro, terciándose la toga con graciosos pliegues cuando al accionar de los brazos resbalaba del hombro. Detúvose en un ángulo menos compacto de público, frunció la frente como queriendo recoger en sus surcos ideas dispersas, y dominando con la mirada al auditorio, al modo del que se halla en alta tribuna, prosiguió:

— Esconder la Verdad al libre examen, huir de la dialéctica que puede aclarar la duda y borrar el prejuicio, esquivar la controversia que acaso nos salve del error es cobardía y es fanatismo. Sólo es digna de llamarse Verdad aquella que subsiste del análisis. Poco importa que la Verdad se falsee o empañe, porque ello será brevemente: cuando dejan de agitarse, el aceite flota siempre sobre el agua.

Ojos que no ven sino el único color que su inmovilidad les permite y deslumbrados por el fulgor de un solo rayo permanecen estáticos sin siquiera la curiosidad de contemplar el color vecino, son ojos incapaces de acomodación para percibir la Verdad. ¡Ojos, espíritus de comprensión limitada, que recibieron, antes que el discernimiento, una Verdad ya petrificada por el tiempo, resistente a otra forma que no sea la que tomó del primitivo molde que la contuvo! ¡Espíritus perezosos, revestidos del plomo de la inercia, que niegan lo que no ven, y no ven más

que una sola cosa: aquella que les dijeron que veían, y por no tomarse el trabajo de mirar, siguen toda su vida creyendo ver lo que no ven!

Procurad vosotros ¡oh jóvenes romanos! estudiar las cosas des-
apasionadamente, sin prejuicios, polilateralmente, bajo todos los
aspectos posibles, situándoos hipotéticamente en el campo con-
trario, aunque sea la colocación inferior, pues no hay razón para
negar que desde los sitios humildes la visión puede ser más clara
que desde el vuestro. Tened ágiles las pupilas para admirar todos
los colores del arco iris, atentos los oídos para percibir variadas
armonías musicales, dúctiles el gusto y el olfato para encontradas
sensaciones, fino el tacto para las suavidades y para las asperezas...

El sol había ensanchado su mancha luminosa llenando de cla-
ridades el salón, como las nuevas ideas en las frentes de los ro-
manos. Una estatua de Venus bañaba su candorosa desnudez en
plena luz.

F. GIL ESQUERDO.